

PRESENTACIÓN

Cuando en la tela del tiempo, evanescente, sólo quedan huellas del ser, indicios de lo efímero, el pintor prolonga su ser en aquellas que trazó en esta otra tela, que como el fuego, vamos guardando y entregando de generación en generación. Superioridad de la mente sobre la naturaleza, aunque ésta nos cubra con su sombra. Matta abre este número. Homenaje al maestro en la mirada de **Ernesto L. Gallardo**, quien se instala en los años 70, con un artista que comparte en las poblaciones, con las brigadas, aquellos muros, mingitorios de perros y apurados prostáticos.

Pablo Oyarzún, quien en páginas anteriores de esta misma revista nos visitó con Longino y Freud a propósito de lo sublime, ahora lo hace con Hegel; sublime como categoría estética atribuida a Longino, pero quizá con data anterior de algún autor anónimo; sublime considerado como una fuerza que eleva el alma, que nos maravilla. Hegel da un lugar a lo sublime en el contexto del simbolismo. Signo también de doble cara, si apelamos a De Saussure o de tres, instalado en la tríada hegeliana con Peirce. Emancipación del significado, cara conceptual del percepto. Elevación, sublimación. Por su parte **Sergio Rojas** se pregunta si nuestra percepción de la realidad está determinada por ficciones simbólicas. ¿Encontramos siempre detrás de una máscara el rostro que la sostiene? ¿Y si estuviésemos en un proceso en ausencia de la cosa misma? (Hume). Que se llame big-bang o sagrada escritura, percepción mítica, sin re-

ferente, representamen de un objeto inexistente o existente sólo en la imaginación colectiva, no es más que una petición de principio de la historia de la humanidad. Naturalización de la cultura. **Luz Ángela Martínez** en un contrapunto con el artículo de Rojas en «Manierismo y Neobarroco: Genealogía de una crisis» y El Mito-Máscara en la obra de Severo Sarduy nos trae el pensamiento gravitante del escritor cubano a través de la malla metodológica de Hauser donde el signo barroco se presenta como la pérdida simbólica del eje y expresión de la inestabilidad, con un mundo complejo, con múltiples paradigmas intelectuales, con una duda más que epistemológica, ontológica. El big bang como paradigma científico y el barroco como sistema estético; barroco y manierismo subsumidos por el neologismo de neobarroco. **Alejandra Morales** analiza un trabajo de Allen Jones: La Mesa, arte pop donde no es la imagen hecha por el artista lo que importa, sino lo que hace ésta con la imagen, creando a nuestros ojos una gama infinita de pastiches en un mundo esquizofrénico. El sexo —dice A. Morales—, además de ser un hecho instintivo se nos presenta como un fenómeno cultural. Y la mesa, fenómeno cultural, es reproducida con un ser natural, una mujer, isotopía de los objetos de adorno, de uso, de consumo y de desecho. Mesa para comensales que harán sobremesa.

La reseña sobre la obra de Cristián Silva, hecha por **Voluspa Jarpa** es una reflexión, rica en alcances pues la ciudad está llena de frases pintadas sobre los muros, algunas obscenas y que dan paso a la liberación de tensiones y que así y todo no son borradas; sin embargo, dos de ellas, propuestas por el artista y pintadas en una mediagua en Vitacura, donde en un muro se leía: la pobreza embrutece y en otro, en una cara opuesta: la riqueza idiotiza, al cabo de unas horas fueron silenciadas por las autoridades de di-

cha municipalidad. **M. Elena Muñoz**, por su parte, polemiza con Rosalind Krauss (quien ocupa la cátedra de Historia de Arte moderno y contemporáneo en la Columbia University en Nueva York), no tanto acerca de si la vanguardia es un mito, sino con la metodología utilizada por Krauss en el artículo «La originalidad de la vanguardia», metodología que contemporizaría con la europea en un afán de acercarse a ella. ¿Complejo americano o cambio de campo para verificar la eficacia o la precariedad de métodos probados en la historia del arte? La ciencia y la creación, en el trabajo de **Carlos Pérez**, tienen la doble importancia de aparecer emparentados y desconstruidos a la vez, ciencia que pasa por los máximos rigores del dogma hasta la actitud que acepta que todo es válido para saber o para conocer : religión, vudú... Pérez hunde de inmediato en la etimología y en la fosilización al recordarnos que usamos términos teológicos como creación o creatividad al establecer teorías o, en el caso del artista, al realizar su obra. Y salta otra la vez la máscara que recorre este volumen. ¿Hay algo detrás de ella? ¿Se crea de la nada o todo ya estaba y había que esforzarse para que saliera? Viejos temas filosóficos que recobran vida y ropajes nuevos en el recorrido que hace este autor junto a los Popper, Fayeberend o los Khun. Pérez no construye mitos, pero sí, nos permite ver lo que se oculta detrás de su forma.

C.E